

# **La vivencia de la fe en la familia cristiana: una respuesta al llamado universal a la santidad desde el numeral 41 de la Lumen Gentium**

**Cristian Adolfo Zuleta<sup>1</sup>**

## **Resumen**

En el tiempo en que se vive una profunda crisis en la fe y la familia, el Concilio Vaticano II propuso la vocación a la santidad de manera universal. Esto con el ánimo de producir en la iglesia una primavera espiritual que sea semilla para la transformación de la sociedad. Se hace necesario encontrar la unidad entre; fe, santidad y la vida familiar. El objetivo del artículo es reflexionar sobre la virtud de la fe, su conexión con la santidad, y la integración de ambas en el interior de la vida matrimonial. Se acoge el método teológico espiritual. La investigación muestra cómo existe una única manera de llegar a la santidad, y su conexión esencial con la fe. Esto a partir del pensamiento clásico y de los aportes del pensamiento moderno, con el fin de dar una posible respuesta a la crisis que vive la familia y por ende la vida social. Los hallazgos son iluminadores y sirven para caminar en la vía correcta de una renovación de la vida matrimonial y social.

**Palabras clave:** matrimonio, fe, familia, experiencia religiosa.

## **Abstract**

At a time when there is a deep crisis in faith and family values, the Second Vatican Council proposed the vocation to holiness for everything and everyone. This with the purpose of producing a spiritual rebirth in the church that is a seed for the transformation of society. It is necessary to find the unity between holiness and family life. The objective of the article is to analyze the virtue of faith, its connection with holiness, and the integration of both within married life. The spiritual theological method is welcomed. The research shows how there is only one way to holiness, and its essential connection with faith. This from classical thought and the contributions of modern thought, in order to give a possible response to the crisis that the family is experiencing and therefore social life. The findings are formative and serve to guide us on the right way to a renewal of married and social life.

**Keywords:** Marriage, Religious Beliefs, Family, Religious Experience.

---

<sup>1</sup> Estudiante de Teología Universidad Católica de Oriente [cristian.zuleta3@hotmail.com](mailto:cristian.zuleta3@hotmail.com)

## **Introducción**

La santidad es un tema esencial de la vida cristiana, está en el corazón de la enseñanza dada por Jesús en el sermón de la montaña, y ha sido una característica del cristiano en la historia. En el tiempo presente, la iglesia ha querido no solo recordar, sino, hacer el llamado a la santidad de una manera universal. El Concilio Vaticano II a través de la constitución *Lumen Gentium*<sup>2</sup> hizo eco de las palabras de Jesucristo al afirmar que “los fieles de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG, n. 40). Aunque la vocación universal a la santidad es clara desde los inicios de la vida cristiana, es necesario precisar en qué consiste dicha perfección. El mismo concilio ofrece una ruta cuando declara que “cada uno según los dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva” (LG, n. 41). De esta valiosa enseñanza, surge una luz en el deseo de comprender la esencia misma de la santidad.

En la audiencia general del 13 de abril del 2011, el papa Benedicto XVI aseguró que “la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en el creyente”, es decir, la santidad es la vida de Dios que se comunica, es participación del ser divino; es unión con Dios. Por otro lado, el doctor místico san Juan de la Cruz habla de la fe como “medio próximo para subir a la unión de Dios” (2019). Es evidente la conexión que hay entre la fe y la santidad. Conexión que será más clara cuando se analice la fe como virtud teologal.

En el presente artículo, se pretende proponer el llamado universal a la santidad como una posible respuesta a la crisis que sufre la familia cristiana. Para hacer esto posible, primero se deberá fundamentar el concepto de fe en el magisterio de la iglesia y la enseñanza de san Juan de la Cruz. Luego de ello, se analizará la vivencia de la fe en la actualidad y su impacto en la familia. Posteriormente se hará una relectura del numeral 41 de la LG con el ánimo de descubrir la conexión entre santidad y fe.

## **Santo Tomás en el magisterio**

Si se quiere fundamentar sólidamente el concepto de fe, es preciso remitirse al magisterio de la iglesia. El Concilio Vaticano II, por tratarse de un concilio más pastoral y ecuménico que doctrinal, no ofrece una definición acerca de la fe, sin embargo, sí recomienda explícitamente el estudio del pensamiento de santo Tomás de Aquino, y las luces que éste

---

<sup>2</sup> En adelante: LG

ofrece en la especulación teológica. Lo hace por medio de dos documentos, el decreto *optatam totius*, sobre la formación sacerdotal, y la declaración *gravissimum educationis*, que trata sobre la educación cristiana. Cabe también citar la abundante mención que sobre el doctor angélico hizo el papa Pío XII, cuyo pensamiento influyó en el mismo Concilio. Así pues, siguiendo el mandato del papa Pablo VI “id a Tomás” (*lumen ecclesiae*, 3) y del magisterio de la iglesia, se tendrá en un primer acercamiento, la guía del doctor común respecto a la especulación sobre la virtud de la fe.

### **La fe desde la teología de santo Tomás**

El doctor angélico dedica dieciséis cuestiones para desarrollar su pensamiento sobre la fe. Es importante tener en cuenta el orden sistemático que el santo da a la suma teológica. Al desarrollar lo concerniente a las virtudes teologales, santo Tomás no inicia por la caridad, como había de esperarse, sino, que dedica en primer lugar, todo su estudio a la virtud de la fe. En las primeras siete cuestiones, el Aquinate aborda la fe en su especificidad. Pero es en el cuerpo del primer artículo de la cuarta cuestión, donde santo Tomás ofrece una definición de la fe “es el hábito de la mente, por el que se tiene una incoación en nosotros de la vida eterna, haciendo asentir al entendimiento a cosas que no ve” (Aquino, 2014). Al dar luces sobre la virtud de la fe, el santo ofrece una definición; para iluminar la definición, es preciso indagar más en su pensamiento. En las primeras cuestiones sobre la fe, y luego de una especulación brillante, propia de su mente, el santo dejó claro que el objeto de la fe es la *Verdad primera*, y que el acto de la fe es un *acto del entendimiento*. Pero es en el mismo cuerpo de la cuarta cuestión, y después de analizar la definición de la fe dada por el apóstol en la carta a los hebreos, donde el santo, se atreve a formular su propia definición de la fe.

El autor de la carta a los hebreos afirmó que la fe es sustancia de las cosas que esperamos. En el mismo cuerpo, Santo Tomás dice que suele llamarse sustancia la incoación de una cosa, sobre todo cuando toda ella se contiene virtualmente en un primer principio, es decir; por la fe se tiene el primer comienzo de las cosas que se esperan, y lo que se espera es Dios. Por la fe, el hombre participa realmente del ser divino. Es importante considerar como en la primera parte de la suma, santo Tomás citando a Aristóteles dice que la voluntad está en la razón. De hecho, el santo llama a la voluntad *apetito superior* o *apetito intelectual*. Ahora bien, si la fe es un hábito del entendimiento, y la voluntad está en el entendimiento, se

deduce por lógica que el acto de fe es un acto que afecta las potencias superiores del alma, y, por lo tanto, afecta toda la persona. Se puede concluir, que la fe es un hábito que eleva toda la persona humana a la dimensión sobrenatural, pues, la vida eterna, no es otra realidad que la vida de Dios.

### **La fe en el Catecismo de la Iglesia**

El Catecismo de la Iglesia Católica<sup>3</sup> ofrece una definición de la fe que va en la misma línea del pensamiento de santo Tomás. “la fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado” (CEC 150). Con la expresión, *ante todo*, el CEC quiere resaltar lo esencial de la fe como unión del hombre con Dios. Es toda la persona la que participa de la vida divina. Comparando la definición dada por el doctor común y la ofrecida en el CEC, se nota claramente el orden y la armonía doctrinal. Las dos definiciones ofrecidas constan de dos partes, en la primera resalta la participación de la vida divina en la persona humana; en la segunda parte de la definición aparece el fruto de dicha unión que es el asentimiento de la mente a todo lo que Dios ha revelado. Primero se recibe el ser divino, posteriormente se cree en lo que Dios propone.

Hasta aquí, y guiados por la enseñanza del doctor angélico y el CEC de la iglesia, se ha analizado brevemente la virtud teologal de la fe en su aspecto nominalista, con la intención de cimentar sólidamente el concepto de la fe. Dejando la especulación teológica, es hora de analizar la fe a partir de las enseñanzas del doctor místico san Juan de la Cruz y su teología espiritual.

### **San Juan de la Cruz y el Concilio Vaticano II**

Si el Concilio Vaticano II fue altamente influenciado por el pensamiento de santo Tomás, al punto de señalarlo como guía ilustre en el camino de la especulación teológica y filosófica, es igualmente sorprendente, como el pensamiento y la doctrina mística de fray Juan de la Cruz influyó y se hizo presente en el desarrollo del mismo concilio.

Al repasar los documentos conciliares, se puede intuir un gran conocimiento del pensamiento de san Juan de la Cruz. Cabe mencionar cómo en la sesión plenaria del día

---

<sup>3</sup> En adelante: CEC

primero de octubre de 1964, anterior a la de su aprobación definitiva, el cardenal africano Pablo Zoungrana reclamaba la atención de los Padres hacia san Juan de la Cruz y citaba un párrafo suyo del capítulo veintidós del libro II de la subida.

Así, el pensamiento del doctor místico iluminó en gran parte el concilio, dando luces acerca del hombre, su dignidad trascendente y su vocación sobrenatural. Pero, aunque sus enseñanzas iluminaron muchas dimensiones acerca del ser humano; sus desequilibrios; de su realización perfecta; su dignidad y destino, la reflexión presente versa sobre la fe en su aspecto más subjetivo o psicológico, es decir, en la experiencia espiritual.

### **La fe en san Juan de la Cruz**

En toda su obra, san Juan habla de la fe de manera muy amplia, sin embargo, su pensamiento siempre es reiterativo al considerarla como “próximo y proporcionado medio para que el alma se una a Dios” (2019, pág. 315) es oportuno aclarar que la fe a la que se refiere san Juan de la Cruz es la fe que está vivificada por la caridad. Según el beato María Eugenio del niño Jesús (1998, pág. 526), esta afirmación significa que el no bautizado no puede llegar a la unión con Dios si no es por la fe, pues “la fe es el comienzo de la salvación del hombre, el fundamento y la raíz de toda justificación” (concilio de Trento, c. VII, n. 801.). Para entender la importancia de la fe en la vida del hombre y su evolución mística, es necesario acercarse a la afirmación dada por el santo doctor y desarrollada a lo largo de su doctrina contemplativa.

“La fe es sola el próximo y proporcionado medio”. San Juan, es heredero de la doctrina filosófica y teológica tradicional. Su pensamiento fue influenciado por Aristóteles, san Agustín, santo Tomás, entre otros. Su formación fue profunda. “es, pues, de saber que, según regla de filosofía, todos los medios han de ser proporcionados al fin” (Cruz, Subida del Monte Carmelo, 2019) el santo no excluye la necesidad de otros medios, pero pone de manifiesto la necesidad próxima de la fe, como único medio proporcionado al que están subordinados todos los demás. ¿Por qué esto es así? San Juan de la Cruz toma el camino de la negación o eliminación. Ni los sentidos, potencias inferiores; ni la inteligencia, potencia superior, son capaces de conducir al ser humano hasta la unión con Dios.

Por los sentidos (el tacto, la vista, el oído, entre otros), el hombre entra en contacto con el mundo material, lo conoce de alguna manera. Pero Dios es puro espíritu (Jn 4, 24),

por lo que la materia no puede ser el único medio para captarlo. Es cierto que, en un primer momento de la evolución mística, el mundo material sirve como de apoyo para el ascenso del alma hacia Dios, lo deja claro san Juan de la Cruz cuando escribe “mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura, y, yéndolos mirando, con sola su figura, vestidos los dejó de su hermosura” (2019, pág. 759). Dios está en la creación, pero ésta no es Dios, porque no se trata de una emanación o panteísmo, por lo tanto, no puede ser el único medio para la unión con Dios.

La inteligencia por su parte, es más perfecta que los sentidos, pues, se mueve en un plano superior, abstracto, el de las ideas. Al igual que el conocimiento dado por los sentidos, el de la inteligencia no se debe despreciar, y ofrece un apoyo muy importante en el camino espiritual, sin embargo, como afirma María Eugenio del niño Jesús “la inteligencia no puede captar a Dios sino en lo que aparece de él en las criaturas; al estudiar a Dios así, en sus diversos reflejos, lo divide de alguna forma a medida de su capacidad” (Jesús, Quiero ver a Dios, 1998, pág. 529). La potencia intelectual es finita, por lo que no puede conocer por sí misma lo infinito. Al ser potencia, debe ser actualizada, así, por medio de la especulación puede pasar de la potencia al acto. Dios, por su parte, es Ser en acto puro, carente de potencia y simplísimo. Por lo que el intelecto humano, por elevado y digno que sea, no puede ser medio próximo para la unión con Dios.

En el libro primero de la *subida*, san Juan de la Cruz deja claro cómo la persona debe purificar todos sus apetitos (sentidos) para ir a la unión de Dios. Pero es en el segundo libro donde aparece la virtud teologal de la fe como medio próximo para dicha unión. Sin embargo, el santo lo enseña claramente; el entendimiento no es el medio próximo para la unión del alma con Dios, es la fe, pero la fe está en el entendimiento. Aquí san Juan sigue la doctrina de santo Tomás. La virtud teologal de la fe es don de Dios que ilumina el entendimiento y lo eleva a un plano sobrenatural. El santo hace una comparación sublime al decir que es tanta la semejanza que hay entre la fe y Dios, que no hay diferencia entre ver a Dios y creer en Él. Es decir, por la fe el fiel “ve” a Dios y se une a Él. Es el acto más elevado del entendimiento humano, por el cual el alma contempla a Dios. Es una verdadera experiencia espiritual. Es el verdadero “progreso” del ser humano, es la evolución mística.

En la primera parte de la suma teológica santo Tomás desarrolla un tratado gnoseológico. Para el santo, el intelecto tiene tres modos de conocimiento: abstractivo,

introspectivo y por participación. Según lo visto hasta aquí, por la fe, el creyente tiene un conocimiento por participación. Esta transformación de la mente humana del plano natural al sobrenatural, no ocurre sin antes causar una purificación de esta potencia superior. Pero como el intelecto es la principal potencia de la que goza el ser humano, esta purificación necesariamente debe abarcar toda la persona. Es por esto que la teología mística de san Juan de la Cruz está enfocada en tratar de describir los fenómenos que causan la luz divina en toda la persona. De aquí se puede intuir la razón por la que en el pensamiento del doctor místico aparece mucho la idea de la *oscuridad de la fe*.

Al analizar brevemente la virtud de la fe según el pensamiento de santo Tomás, san Juan de la Cruz y el CEC, se nota claramente la relación que hay entre la fe y la santidad. La fe es, ante todo: adhesión a Cristo; participación del ser divino; iluminación de la mente por la luz divina; medio proporcionado que eleva la persona a la condición sobrenatural. No es casual que el Aquinate inicie el estudio de las virtudes teologales por la fe, ya que no hay amor posible sin un conocimiento previo y sobrenatural del bien divino, y que el doctor místico la trate a lo largo de toda su doctrina espiritual, pues “sin la fe, es imposible agradar a Dios” (Heb 11,6).

Hasta aquí se ha analizado la virtud teologal de la fe teniendo como guía la enseñanza del CEC, santo Tomás de Aquino y san Juan de la Cruz. A continuación, se reflexionará sobre cómo la santidad es una sola, y cómo se relaciona con la fe. Para ello, se tendrá como referencia el numeral 41 de la *Lumen Gentium*.

### **Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el Espíritu de Dios**

Luego de analizar brevemente la fe en el pensamiento clásico y el magisterio de la iglesia, en esta segunda parte, el objetivo es descubrir la unidad de la santidad y su relación íntima con la virtud de la fe. Antes de pasar a desarrollar la praxis de la fe en el sacramento del matrimonio, es preciso dejar claro que la santidad en esencia es una sola: la unión con Dios que se logra por las virtudes teologales. Así lo señala de manera contundente la constitución LG en el numeral 41.

Una misma es la santidad significa que hay una sola forma de ser santo. Sin importar el estado de vida que cada fiel escoja, el proceso de santificación tiene su raíz en la vivencia

de las virtudes teologales, de las cuales ocupa un puesto preponderante la fe. Como se vio en la primera parte, creer no es un acto meramente externo, como una especie de vestido que una persona se coloca y que no interfiere en su interioridad. La fe como habito del entendimiento ilumina y hace consciente al creyente de su vinculación a Cristo. La adhesión a Cristo por la fe y que trae como fruto la santidad, es una habito por el cual se participa del ser divino, y, por ende, hace consiente a la persona de una nueva dimensión sobrenatural.

### **El pensamiento de Joseph Ratzinger ilumina la enseñanza del numeral 41 de la Lumen Gentium: unidad de la santidad y su relación con la fe**

Sin lugar a dudas, el pensamiento y la enseñanza de Joseph Ratzinger, quien llegaría a ocupar la sede de san Pedro, ocupa un lugar preeminente en la teología actual. Por ello, es importante hacer un breve recorrido por su doctrina, analizando su concepción acerca de la fe y la santidad, y cómo su pensamiento ha logrado penetrar en la vida cristiana moderna. En la introducción de su famoso libro *Introducción al cristianismo*, el teólogo alemán habla acerca de lo que significa *creer* para el cristiano y para el mundo de hoy. “creer significa elegir que en lo más íntimo de la existencia del hombre hay un punto que no puede ser gustado ni palpado como parte de lo visible y tangible, sino que se topa con lo invisible” (Ratzinger, 2018, pág. 38). Para Ratzinger, en esto consiste precisamente el dilema de la fe en el mundo de hoy; al hombre moderno le choca la idea de profesar su fe en algo abstracto, invisible. Aquí surge la pregunta ¿Cómo elegir lo que no se puede palpar, ver, tocar? La respuesta es ofrecida unas páginas más adelante “la fe nace del *escuchar*, no del *reflexionar* como lo hace la filosofía” (Ratzinger, pág. 70). Ratzinger no parece muy interesado en ofrecer una definición sobre la fe, sus reflexiones parecen estar más encausadas hacia el misterio que encierra creer en Dios y el impacto que la fe produce en la vida del hombre. Esto se puede descubrir en su obra *mirar a Cristo* en la que ofrece algunas meditaciones sobre la fe. “la fe es el acto fundamental de la existencia cristiana” (Ratzinger, pág. 370). Aquí parece darse una contradicción: por un lado, la fe es el acto fundamental del cristiano, más aún, de todo hombre. Pero, por otro lado, la fe nace de la *escucha*, es decir, el hombre es, de alguna manera, pasivo delante del misterio de Dios. Paradójicamente, el acto fundamental del cristiano consiste en cesar su actividad y su afán de poder y dominio, y ocupar su lugar de creatura que confía, espera y escucha. Sin embargo, en el pensamiento de Ratzinger aparece



una dimensión nueva en lo que va de esta reflexión “la fe, es participación en la visión de Jesús, un apoyarse en Jesús; Juan, que se apoya en el corazón de Jesús, es un símbolo de todo cuanto la fe significa” (Ratzinger, pág. 391). Cristo es la novedad. La fe del hombre se apoya en la visión del Hombre perfecto; el Verbo eterno y encarnado es quien revela al hombre la verdad de Dios y la verdad del mismo hombre (Cfr. GS, Cap. I. n 22). La fe para Josep Ratzinger tiene una dimensión Cristocéntrica. En la persona de Jesús, Dios entra en comunión íntima con el hombre. Pero también, por medio de Cristo, el hombre puede participar de la visión y del ser divino.

Siguiendo con el tema del creyente y su vinculación al misterio de Dios, el 24 de octubre del 2012 con ocasión del año de la fe, el papa Benedicto XVI ofreció una catequesis que tenía por título “¿Qué es la fe?” en esa oportunidad, el ahora Papa emérito, reflexionó sobre lo que significa la fe y la necesidad de una nueva educación de la misma para el creyente moderno. En una sociedad marcada por el progreso de la ciencia y los éxitos de la técnica, crece en el hombre la “fe” en todo lo que se puede tocar con las propias manos; lo factible. Sin embargo, los anhelos más profundos del corazón no encuentran en estos avances una respuesta a lo verdaderamente importante. El hombre de hoy se siente solo, y, paradójicamente, abandonado al mismo trabajo de sus manos; produce para consumir, consume para entretenerse. Es el círculo del sin sentido y de la muerte. Ante esta realidad, Benedicto XVI ofrece una reveladora definición de la fe: esta “es un confiado entregarse a un *tú* que es Dios, que me da una certeza distinta, pero no menos sólida que la que me llega del cálculo exacto o de la ciencia”. Para el Papa, la fe no es un salto al vacío, tampoco un cálculo racional y frío; es un confiarse a un Dios que es Padre y ama con amor eterno. “es adhesión a un *tú* que da esperanza y confianza”. Aquí aparecen dos dimensiones de la fe. Por un lado, la fe es don de Dios, pero es también un acto profundamente libre y humano. Más aún, es un acto inteligente, porque supone confianza total en el Dios que es sabiduría infinita.

Por lo analizado sobre la fe en el pensamiento de Josep Ratzinger (Benedicto XVI), se puede ver con claridad una profunda relación entre creer en Dios y ser de Dios. En las diferentes definiciones que se ofrecen acerca de la fe como virtud teologal, aparecen diversos términos que son sinónimos: *adhesión, medio de unión, participación, incoación*. Esto hace del acto de la fe, un acto que está por encima de cualquier acto humano, por elevado que sea. Por la fe, el hombre se deifica.

Si en lo concerniente a la fe, Ratzinger asume y asimila la enseñanza de la Tradición con la intención de iluminar la iglesia de los tiempos presentes. Lo mismo se puede decir respecto a la santidad. Para Benedicto, la fe y la santidad están íntimamente relacionadas. Es lo que se puede intuir al reflexionar sobre sus enseñanzas acerca de la santificación del creyente.

En su magistral libro *Jesús de Nazaret*, el Papa reflexiona de manera muy breve, pero profunda, lo que significa ser santificado. En un primer momento, el autor pone el contexto de la palabra *santificar*, la cual relaciona con *consagrar*. “así, la palabra *santificar*, *consagrar*, significa traspasar algo (persona o cosa) a la propiedad de Dios, y especialmente su destinación para el culto” (Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, 2018, pág. 443). Según la enseñanza de Ratzinger, santificar significa que Dios reivindica a todo el hombre para sí, es decir, el hombre no pertenece a Dios únicamente en su dimensión escatológica, como si esperase el fin de su vida o la parusía, para comparecer delante de Dios y ser todo de él. No es así. Ser consagrado o santificado es participar desde ya, de la reconciliación del hombre con Dios, consigo mismo y con el otro. En otras palabras, es alcanzar la verdadera humanización, ya que el hombre, en su estado presente, no logra desarrollar la plenitud de sus dotes naturales. Al ser consagrado-santificado el hombre es de Dios y para Dios, y, al ser de Dios, es para sí mismo y para los demás. Para el autor el proceso de santificación une dos aspectos que vistos rápidamente parecen ser opuestos. Por una parte, consagración consiste en separación, del mundo, y de lo personal. Para entrar en una dimensión nueva, divina, comunitaria, y que desemboca en servicio, en donación, en ser para otro. El hombre en su proceso de santificación es separado de lo mundano, pero también de lo propio, para ser elevado a la dimensión sobrenatural. Solo así, podrá cumplir su verdadera vocación de servidor de sus hermanos “segregación y misión forman una única realidad completa” (Ratzinger, pág. 444).

Sin duda alguna, el aporte hecho por Benedicto XVI sigue la enseñanza de la LG. Articulando sus reflexiones sobre la fe y la santidad se descubre una hermosa armonía. La fe es don de Dios y respuesta confiada del hombre. Precedido por la gracia, el hombre hace un acto de fe por medio del cual se entrega a Dios para ser consagrado, es decir, separado, y posteriormente purificado y santificado. Por la fe, el hombre se une a Dios, y por la unión con Dios es elevado y participa de la santidad de Dios. Sin importar la vocación específica o

estado de vida, la santidad tiene como fundamento el participar de la naturaleza divina, lo cual solo puede ser posible mediante el acto de fe.

Así como la fe es un hábito de la mente, de igual manera, la santidad es un hábito que transforma el ser y las operaciones. El mismo numeral 41 de la LG resalta tres aspectos fundamentales en el camino de santificación: obediencia y adoración a Dios Padre, y seguimiento de Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz.

La santidad se manifiesta ante todo en la obediencia a Dios: obediencia a los mandamientos, a los acontecimientos de la vida, a las mociones del Espíritu Santo, a las autoridades legítimamente constituidas. Jacques Philippe dice que “es claro que cuanto más deseemos hacer la voluntad de Dios, tanto más recibiremos la gracia para cumplirla. Dios concede su Espíritu a quienes están decididos a obedecerle. Dios no niega nada a los que no le niegan nada” (Philippe, 2017, pág. 24). La obediencia al Padre no consiste en un acto externo por el cual se cumple un mandato requerido por Dios. La obediencia es, ante todo, disposición interior para recibir la gracia divina; quien obedece se prepara y dispone para recibir la gracia, quien recibe la gracia obedece a Dios con libertad interior. Pero la obediencia a Dios implica también una actitud de adoración. Tanto la obediencia como la adoración son hábitos interiores que se manifiestan en actitudes externas.

Un autor moderno que trata con profundidad el tema de la adoración es el cardenal Robert Sarah, quien en su famoso libro “la fuerza del silencio” advierte cómo una actitud de respeto y reverencia ante el misterio divino, es una actitud que atrae la gracia de Dios y fortalece la amistad con el Señor. “Dios desea comunicarnos su amistad, su intimidad, pero solo puede hacerlo si nos abrimos a Él con la actitud debida. Sin una humildad expresada en gestos de adoración y en los ritos sagrados no hay amistad posible con Dios” (Sarah, 2017, pág. 136). Para el prelado africano la santidad es comunicación de la santidad divina, por lo tanto, una persona que recibe la gracia y vive por la fe, es una persona que manifiesta en todo momento una actitud de reverencia ante lo sagrado, no solamente en el ámbito litúrgico, sino también en la vida cotidiana. La obediencia y la adoración debidas al Padre, son una imitación de la vida de Jesucristo sobre la tierra. Así lo afirma el CEE. n. 532 “la obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida oculta inauguraba ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido”. La fe se manifiesta en la obediencia al Padre, el cual consagró al Hijo y lo reveló como único camino para llegar a la salvación. Es de saber,

que tanto la adoración como la obediencia se manifiestan en el seguimiento de Cristo pobre, humilde y sufriente.

En una obra corta, pero profunda, san Luis María Grignion de Montfort enseña cómo el seguimiento de Cristo pasa por aceptar y vivir la realidad de la cruz. En su carta a los amigos de la Cruz, el santo Frances afirma que “no basta con sufrir: también el demonio y el mundo tienen sus propios mártires. Es preciso padecer y llevar la cruz en seguimiento de Jesucristo. Es decir, hay que llevar la cruz como Jesús llevó la suya” (Montfort, 2015, pág. 53). Como se vio anteriormente, la fe es adhesión a Cristo. Esto significa que la fe necesariamente es participación de la cruz del Señor. Sin embargo, como lo dice el santo al final de su pequeña obra, no se trata solamente de tomar la cruz y seguir al Señor, es preciso amar la cruz con amor sobrenatural “mediante este amor, aunque no experimentemos ningún gozo de los sentidos ni se perciba ninguna satisfacción racional del alma, amamos y saboreamos la propia cruz a la luz de la fe” (Montfort, pág. 62). Este amor sobrenatural necesita ser informado por un conocimiento sobrenatural, y este conocimiento es el que viene por la fe. Es decir, por la fe, el fiel no solo lleva su cruz, sino que además aprende a amarla y descubre en ella la presencia del crucificado. No hay, por tanto, ningún estado de vida libremente escogido, que dispense al cristiano de vivir la santidad. En cualquier condición, es preciso unirse al Señor por la fe, y esta adhesión es también participación del misterio pascual (pasión, muerte y resurrección) del Señor. Queda aquí expuesto de manera corta, pero no menos clara, que la santidad es una misma para todo cristiano, y que dicha santidad se manifiesta sobre todo en la obediencia a la voluntad divina; en una actitud interior de adoración a Dios, la cual se manifiesta en el seguimiento de Cristo sufriente y amante.

### **La fe, la santidad, y la renovación de la familia cristiana**

Luego de descubrir a la luz de la LG cómo la santidad es la misma para todo cristiano, la cual consiste en el seguimiento de Cristo y la unión con su persona y su misterio redentor el cual se logra por la fe, es preciso, en esta parte final, iluminar la práctica de la vida cristiana en el sacramento del matrimonio y la familia a partir de la experiencia de fe. Es importante tener en cuenta los peligros que amenazan el matrimonio, y, cómo la fe y la santidad bien entendidas pueden ser una posible solución a la crisis actual que atraviesa la familia cristiana.

En el primer párrafo del numeral 41 de la LG, el sagrado Concilio deja claro que cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva. Mas adelante, en el mismo numeral, se hace referencia a lo particular de la vida en el seno de la familia “los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, deben ayudarse mutuamente con fiel amor a mantenerse en la gracia durante toda la vida, y educar en la doctrina cristiana y en las virtudes evangélicas a la prole” (LG, n. 41). La santidad en el matrimonio tiene la misma dinámica de la vida espiritual: educación y crecimiento en la fe viva, e iluminación y transmisión de la fe a los hijos. La LG es muy clara a declarar, tanto la esencia de la santidad como el fin y la misión del sacramento del matrimonio. Esta claridad constituye el primer paso en el proceso de sanación de la familia. Pero es precisamente este objetivo el que falta en el pensamiento moderno y es necesario mirar brevemente.

### **El matrimonio y el pensamiento moderno**

Es preciso ahora, abordar de manera breve la situación de la familia en el pensamiento moderno con el deseo de ofrecer luces sobre la praxis de la fe. Sin claridad teórica, la práctica falla. Esta percepción del matrimonio en la modernidad, fue a la que se refirió el pensador G. K. Chesterton y que denominó como “enemigos de la familia”. Con su gran agudeza intelectual, Chesterton reflexionó profundamente sobre la familia y la sociedad actual. El autor inglés escribió “se me ha pedido que escriba algo sobre el matrimonio y el mundo moderno. Tal vez sería más apropiado escribir sobre el matrimonio y la ausencia moderna de pensamiento” (Chesterton, 2017). Chesterton nota con gran precisión, cómo el problema de la familia pasa por un problema en la manera de concebir el matrimonio. Es decir, el problema es teórico; si no se sabe qué es el matrimonio, tampoco se conoce la finalidad del mismo, y, por lo tanto, solo puede esperarse el fracaso en la vivencia del sacramento. El pensamiento moderno falla precisamente porque no quiere pensar. Pero como ningún ser humano puede vivir sin una filosofía, sin una manera de concebir la vida, sin una educación, buscará quién le guíe sobre la vida familiar. El resultado es uno entre tres: renunciará a saber qué es y cómo funciona el matrimonio; conocerá de manera equivocada; conocerá de manera cierta. Por los frutos, es evidente que lo que predomina en la sociedad actual son la primera y la segunda opción. Para Chesterton, el matrimonio tiene una idea básica, que consiste en que la educación de los niños debe ser protegida por algo que es paciente y permanente. (Chesterton,

pág. 35). Dicho con otras palabras: todo ser dotado de razón precisa ser educado en principios verdaderos y estables. Pero, según Chesterton, el matrimonio (hombre y mujer) fue dejando poco a poco en manos de otro la educación de sus hijos. El estado se convirtió en el gran “educador”. Es como si los padres abandonaran a sus hijos en las puertas de un orfanato. La familia que no educa a sus hijos los deja a las puertas del estado que los educará por sus padres, ¿Cuáles serán las consecuencias? Es lo que se puede ver tan claro como la luz del medio día. Según el autor, la crisis de la familia pasa por una crisis de identidad en la vida matrimonial; si los esposos desconocen su misión natural que es la prolongación de la especie y la educación de la misma, entonces no hay manera de hablar de una renovación de la vida social. Si esto sucede en el plano natural, qué se puede pensar de la vocación sobrenatural. Si los esposos no conocen la finalidad natural del matrimonio, y no educan sus hijos para una adecuada integración en la vida social, mucho menos lo harán para la vida divina. Sin embargo, la ruta de salida es la misma; para que aparezca lo natural, debe brillar lo sobrenatural. Siguiendo el pensamiento de Chesterton: solo en la experiencia mística se descubre la verdad humana; por el contrario, se quita la dimensión sobrenatural y lo que queda es lo antinatural. Por lo tanto, una primera conclusión práctica sería la siguiente: la renovación de la vida matrimonial pasa por una profunda experiencia de vida espiritual. Si el mundo moderno carece de pensamiento; la solución ha de buscarse en el ordenamiento de la razón, la cual se logra de manera excelsa por medio de la fe, pues la fe es hábito de la mente que une con el pensamiento divino. En otras palabras; por la fe, la mente humana conoce el pensamiento divino, en este caso, el pensamiento divino sobre el matrimonio. Dios revela la verdad sobre qué es, cómo se vive, y cuál es la finalidad del matrimonio, y esto lo conoce el ser humano por la fe. Pero no solo lo

conoce, sino que, sobre todo, participa del ser divino que transforma el corazón y hace posible la vivencia del sacramento según el orden establecido por el Creador. La santidad matrimonial es el fruto de una profunda experiencia de fe, que ilumina la mente con la verdad y da fuerza y amor a la voluntad para vivir según Dios.

Siguiendo el pensamiento de Chesterton, la solución a los problemas que sufre la familia moderna, no ha de buscarse en el pensamiento moderno. Se necesita luz. Esto es precisamente lo que se debe descubrir por medio de la fe. En este contexto surge la pregunta

¿Cómo se logra una experiencia espiritual que introduzca a la familia moderna en una auténtica vida mística, la cual sirva para una real renovación?

Tres siglos antes que el Concilio Vaticano II hiciera el llamado universal a la santidad, el obispo de Ginebra Francisco de Sales, iluminó por medio de sus enseñanzas y escritos, cómo la santidad es posible en cualquier condición, época, ambiente o cultura. El santo y doctor de la iglesia propuso la santidad de una manera simple, y asequible a todos.

Como se dejó claro, la fe es un hábito de la mente por el que la persona se une a Dios. Ahora bien, el primer fruto que deja esta primera experiencia de la fe, es, en palabras de san Francisco de Sales: la devoción. La cual consiste en una cierta “agilidad o viveza espiritual por cuyo medio la caridad actúa en nosotros y nosotros actuamos en ella con prontitud y alegría” (Sales, 2013). Es lo mismo que declara san Juan de la Cruz en el libro primero de la subida “con ansias, en amores inflamada, ¡oh dichosa ventura!”. (Cruz, pág. 258). Esta primera experiencia espiritual deja en el interior de la persona una fuerza para actuar. Para el obispo de Ginebra, cada uno se hace más perfecto en su estado cuando va guiado por la devoción. El amor del marido a la mujer es más sincero, el cuidado de la familia se hace más apacible, y todas las ocupaciones, más suaves y amables (Sales, pág. 20). Sin embargo, la devoción que da facilidad y alegría para obrar, es fruto de la meditación. En la primera parte de su obra *introducción a la vida devota*, Sales quiere conducir al alma fiel, a una experiencia de fe mediante avisos y ejercicios. Para él, como para los autores citados hasta ahora, el acto de fe ejercido: oración, hace que el orante participe de alguna manera del ser divino, con sus atributos. De esta experiencia surge una renovación interna que finaliza en la renovación de los actos de la persona; pues la operación sigue al ser. En otras palabras: las obras externas son el fruto de una transformación interna obrada por la fe. No todos los seres humanos tienen acceso a una vida de consagración total a Dios, en el sentido canónico del término. Pero si es posible tener una experiencia de fe por medio de la oración, que permita participar del Ser divino y transmitir su santidad a otros. Esta es la buena nueva que Jesús anunció; todo ser humano sin importar su condición social, raza, o situaciones adversas, está llamado a vivir esta experiencia espiritual por medio de la fe. Por lo tanto, que la santidad sea una vocación para todo ser humano, supone que todos deben conocer el mensaje de salvación de manera íntegro. En este sentido, la discriminación consiste en negar el mensaje de salvación, que no es otro que la incorporación a la vida de Cristo.

Aquí aparece una segunda realidad en el camino de renovación de la vida matrimonial según el pensamiento de san Francisco de Sales: la oración y la devoción. Se manifiesta así la unidad de la vida cristiana que manifiesta la unidad divina: la santidad es fruto de la fe; la fe se fortalece en la oración y la oración acrecienta la fe. La primera experiencia de fe deja como fruto la devoción, y por esta devoción el alma busca con mayor intensidad una nueva experiencia espiritual y prepara la transformación mística. Fe, oración, devoción, transformación, santidad, renovación. He ahí el camino lógico que se debe emprender para la renovación de la vida familiar. Ahora bien, esta devoción propuesta por san Francisco, nace en el encuentro permanente con la Persona del Verbo. Es lo que propone el actual vicario de Cristo.

En el capítulo tercero de la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, el papa Francisco recuerda que la vocación de la familia cristiana se descubre cuando se tiene la mirada puesta en Jesús. La familia y el matrimonio fueron redimidos por Cristo (Francisco, 2016). Cabe recordar aquí, la dimensión Cristocéntrica de la fe expuesta por Ratzinger. Solo por la fe, los miembros de la familia pueden recostarse sobre el pecho de Jesús, y de allí sacar la caridad suficiente para amar de una manera nueva y sobrenatural. Sin la fe en Cristo, la familia queda como abandonada a sí misma, y corre el peligro de perder su propia identidad. Por la fe, la familia encuentra su centro de gravedad. El Santo Padre recuerda que, mediante la iglesia, el matrimonio y la familia reciben la gracia que viene de Cristo, y que es necesaria para testimoniar el amor de Dios y vivir la vida de comunión (Francisco, 2016, pág. 60). Por la fe, la familia mira a Cristo, pero también se deja mirar por el Señor que conoce lo que hay en el interior de cada persona (Cfr. Jn 2, 25). En este sentido, Jesús es el médico divino que conoce el interior de cada uno, y es capaz de transformarlo partiendo de su mismo ser. La vida de Cristo, es el modelo perfecto y el referente único de la renovación. No es posible hablar de redención sin hablar de Cristo, y, como se iluminó hasta aquí, no es posible entrar en íntima comunión con Cristo si no es por la fe. Por supuesto, esta experiencia transformadora tiene su proceso lógico. Es lo que los autores clásicos denominaron con el nombre de edades, vías, o facies de la vida espiritual. Es decir, así como la purificación y renovación de cada persona debe pasar por el fuego del amor que restablece; así mismo, la familia debe emprender con fortaleza y deseos esta transformación comunitaria. Creer en la renovación de la familia, es creer que es posible anunciar íntegramente el mensaje salvífico



e incorporar a la familia en la vida Trinitaria que se logra por la fe en Cristo. ¡Que sublime misterio de dignidad trascendente tiene la familia cristiana! Todas las enseñanzas de los Papas de los últimos tiempos, apuntan a recuperar la vida mística; la participación de la santidad divina por medio de la fe.

Este encuentro real y misterioso que se tiene con la Trinidad Santísima por medio de la fe en el Hijo, constituye una experiencia espiritual, es decir, un conocimiento directo. Esta enseñanza se encuentra de manera muy lucida en el pensamiento del doctor Ignacio Andereggen “la vida cristiana auténtica implica una creciente experiencia espiritual que abarca misteriosamente todas las dimensiones de la realidad, todos los rincones del propio espíritu, de la propia personalidad y de la propia persona” (Andereggen, 2009). Este conocimiento directo o experiencia espiritual tiene lugar en la Persona del Verbo encarnado. Según Andereggen, la salvación implica en primer lugar enseñar la verdad. Por lo tanto, la vida espiritual ordenada es aquella que se encuentra en una búsqueda constante de la verdad. Esto significa que no es posible una auténtica experiencia espiritual sin la verdad. Tal fue la vida de Cristo, quien no solo vino para dar testimonio de la verdad (Cfr. Jn 18,37), sino, que, además se proclamó como la misma verdad (Cfr. Jn 14,6). Para Andereggen, la presencia de Jesucristo es el fundamento de la experiencia espiritual. Esto lo deja claro en la sistematización de su obra *experiencia espiritual*, donde inicia en la primera parte introduciendo al lector en los principales misterios de la vida de Cristo. En este sentido, la fe como experiencia espiritual consiste en conocer la vida de Jesucristo, en introducirse en su vida misteriosa, y en participar de su gracia oculta en el misterio de la oración, y de manera especial en el sacramento eucarístico. La fe o experiencia espiritual tiene una connotación real; conocer la vida de Cristo mediante la lectura de las Escrituras, la enseñanza del magisterio y los santos, que llegan hasta ahora gracias a la sagrada Tradición. Experimentar es conocer, por lo tanto, la fe como hábito de la mente, es indispensable para una auténtica experiencia espiritual. En esta obra, el padre Andereggen no desarrolla una espiritualidad específica para la vida matrimonial. Su enfoque es más universal que particular. Sin embargo, por tratarse de una doctrina universal, todos los elementos que desarrolla se pueden aplicar a la práctica de la vida cristiana en cualquier estado de vida. Lo importante siempre, como lo dice él mismo, es algo verdaderamente profundo; es el encuentro personal con Jesucristo. Se puede decir que, la base de una verdadera vida espiritual es la adhesión a Cristo por la fe.

Esto constituye los cimientos del edificio espiritual. Aquí aparece el tercer paso en el proceso de santificación y renovación de la familia: la educación en la doctrina cristiana de la que habla la LG. Pero no una educación solo de carácter intelectual, es algo más profundo, se trata de un proceso de formación. Es la formación permanente de la que habla Amedeo Cencini “formar significa disponer de un modelo bien definido, de una forma o de un modo de ser ideal que la persona aún no tiene, pero que debe ir adquiriendo poco a poco y que termina constituyendo su nueva identidad” (Cencini, 2016, pág. 13). Este modelo bien definido, como lo llama Amedeo, no es otro que el Hijo de Dios. Pero Cristo no solo es un modelo a seguir, es Él mismo quien se encarga de formar el corazón del creyente e infundir en su interior sus mismos sentimientos. Sin embargo, para que esto sea posible, es necesario cultivar en el seno de las familias una actitud de preparación para ese encuentro íntimo con el Maestro interior, el Espíritu de Jesucristo. para el teólogo Antonio Royo Marín “hoy es doctrina común entre los grandes maestros de la vida espiritual que, sin la actuación intensa de los dones del Espíritu Santo, que es lo propio de la vida mística, no es posible llegar a la perfección cristiana” (Marín, 1967, pág. 740). Ya en su tiempo, Royo Marín veía con preocupación las grandes dificultades que conlleva el querer desarrollar una auténtica vida contemplativa para la familia. Qué decir de los tiempos modernos tan agitados. Pero, a pesar de los grandes obstáculos que se encuentran, el pensamiento del teólogo Dominico es claro “sin oración contemplativa, sin esa unión íntima y entrañable con Dios que pone incandescente la caridad, todo se reducirá a activismo febril, a ruido exterior” (Marín, pág. 742). La familia, para llegar a ser una auténtica familia cristiana, ha de cultivar y cosechar el silencio contemplativo. El interior del hogar debe ser un espacio adecuado para preparar y disponer los momentos del encuentro con el Señor en la oración. Es de estos momentos de profunda experiencia espiritual de donde los integrantes de la familia sacan las fuerzas para desarrollar sus actividades profesionales y su apostolado en el propio ambiente. Esta es una propuesta quizás un poco revolucionaria para los tiempos presentes; proponer la contemplación cuando el mundo busca grandes transformaciones sociales; hablar de quietud cuando la sociedad busca el progreso. Pero ha de tenerse en cuenta que lo que se busca es la santidad para la familia, y la santidad siempre ha sido algo “revolucionario” para el mundo. La santidad no consiste en aquello que el mundo pide, sino en aquello que el mundo necesita. Y el mundo necesita personas fuertes, que sean capaz de amar y vivir con coherencia aquello

que creen. Personas con la mirada en la eternidad y los pies en la tierra; que aspiren con ansias a la patria celeste y trabajen por la justicia en el mundo creado por Dios. Pero esto no es posible sin una auténtica conversión del corazón y una transformación integral y divina de toda la persona. Así como en otros tiempos los monasterios fueron fuente de vida divina y humana, donde las personas desarrollaban lo mejor de sus cualidades (piénsese por ejemplo en la mejor época del renacimiento cristiano, donde el arte, la música, la poesía, la teología, la arquitectura, entre otras, desplegaron todo su potencial del que incluso se puede gozar hasta hoy), así mismo, en el seno de la familia cristiana, se debe recuperar, proteger y transmitir lo mejor de la cultura cristiana, y esto es posible en primer lugar, por el contacto íntimo y real con el Dios Uno y Trino. Esta relación con Dios debe ser cultivada por parte de los padres sobre los hijos. La oración familiar constituye un verdadero apostolado al interior del hogar, y que prepara a los próximos discípulos del Señor que deberán seguir llevando la antorcha de la fe a un tiempo nuevo. “lo mismo que el enseñan a hablar con los hombres, y hacen esto con todo empeño y paciencia, con igual o mayor necesidad deben enseñarles a orar con Dios, para que crezcan en una filial amistad con Él” (Iraburu, 2013, pág. 268). Es importante tener en cuenta que los padres de familia cuentan con una abundante ayuda en materia de oración. La gran tradición cristiana que llega hasta los días presentes por medio de innumerables obras, forma un verdadero tesoro de espiritualidad, y que está al alcance de todos. El famoso y recomendado libro *el alma de todo apostolado* recomienda vivamente la vida de oración y crecimiento en la gracia, como medio de evolución espiritual y humana en la sociedad “si Dios me pide que aplique mi actividad no sólo a mi santificación, sino también a las obras, empezaré por grabar en mi alma esta convicción: Jesús quiere y debe ser la vida de esas obras” (Chautard, 2000, pág. 30).

No se trata aquí de decir o sugerir una vida aislada de la sociedad, pues eso sería contrario a la vocación matrimonial. Lo que se quiere es dar claridad sobre la necesidad de llevar la luz de Cristo a todos los ambientes sociales. Cabe recordad la doctrina desarrollada por el Concilio Vaticano II sobre la “consagración del mundo”, y cuya responsabilidad cae principalmente sobre los laicos que viven inmersos en él. Es propio de los laicos tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales. Así lo enseñaba san Rafael Arnaiz a una tía suya por medio de sus cartas “ocúpate y trata con Dios, pero ocúpate y trata con las criaturas de Dios. Si al principio de violenta, no te apures, luego todo se hace con

facilidad porque se hace en nombre de Jesús” (Arnaiz, 2017, pág. 512). Por lo breve de este artículo, y porque se sale del objetivo trazado desde el inicio, no se puede desarrollar aquí de manera específica lo concerniente a toda la moral social. Tampoco es posible analizar las circunstancias del mundo actual. Baste decir que la humanidad pasa por una etapa que se puede denominar de “era postcristiana”. Esto significa que la “consagración del mundo” querida por el magisterio del Concilio Vaticano, es una necesidad cada vez más urgente y ardua. Es por esto que se ha propuesto de manera insistente la invitación a trabajar primero en el desarrollo de la vida sobrenatural y la evolución mística. Si la familia cristiana y cada uno de sus integrantes no se apoyan en la gracia divina, en la experiencia profunda y continua de una auténtica espiritualidad, les será muy difícil renovar la sociedad.

### **Conclusión**

Esta breve investigación pretende despertar en las familias un deseo fervoroso de iniciar o retomar la vida cristiana en su aspecto espiritual, con toda la riqueza que se encuentra a espaldas, sobre todo, en este difícil momento que vive la familia y la iglesia. Es preciso buscar las bases sobre las que se pueda construir sólidamente una fuerte espiritualidad en las familias cristianas y su apostolado. Para concluir, es bueno recordar que “una sola cosa es necesaria” (Lc 10, 42). Fue esto lo que Garrigou Lagrange desarrolló en su extraordinaria obra *Las tres edades de la vida interior*: “la vida interior del justo que tiende hacia Dios y que vive ya de él es ciertamente la única cosa necesaria; para ser santo no es necesario el haber recibido una cultura intelectual; basta con vivir profundamente de Dios” (Lagrange, 2007, pág. 3). Es precisamente lo que se propone en la conclusión de este artículo: que las familias puedan vivir profundamente de Dios, mediante el ejercicio de la fe. Es decir, vivir de Dios es lo verdaderamente necesario en la vida matrimonial, y como esto solo se logra por la fe, se puede concluir que; la vivencia de la fe en la familia cristiana, es una respuesta al llamado a la santidad hecha por el Concilio a través de la LG, y un paso para superar la crisis que atraviesa el sacramento del matrimonio.

## Referencias Bibliográficas

- Anderegg, I. (2009). *experiencia espiritual*. Buenos Aires: editorial de la universidad catolica de Argentina.
- Aquino, s. T. (2014). *suma teologica* (Vol. VII). Madrid: BAC.
- Arnaiz, s. R. (2017). *obras completas* (septima ed.). Burgos, España: monte carmelo.
- Cencini, A. (2016). *Los sentimientos del Hijo* (quinta ed.). Salamanca: Sigueme.
- Chautard, D. J. (2000). *el alma de todo apostolado*. Sevilla: apostolado mariano.
- Chesterton, G. K. (2017). *el amor o la fuerza del sino*. España: espuela de plata.
- Concilio Vaticano II. (1965). *constitucion dogmatica Lumen Gentium*.
- Cruz, S. J. (2019). *obras completas*. Madrid: BAC.
- Francisco. (2016). *Amoris Laetitia*. Vaticano: san Pablo.
- Catecismo de la Iglesia Católica. (1997). *Catecismo de la iglesia católica* . Ciudad del Vaticano: San Pablo.
- Iraburu, J. M. (2013). *el matrimonio en Cristo*. Quito: Jesús de la misericordia.
- Jesús, M. E. (1998). *Quiero ver a Dios* (Quinta ed.). Burgos: De Espiritualidad.
- Lagrange, G. (2007). *Las tres edades de la vida interior* (undecima ed., Vol. I). Madrid: Palabra.
- Marín, A. R. (1967). *Espiritualidad para seglares*. Salamanca: BAC.
- Montfort, S. L. (2015). *carta a los amigos de la cruz*. Bogotá: Montfortianas.
- Philippe, J. (2017). *Si conocieras el don de Dios* (cuarta ed.). Madrid: RIALP.
- Ratzinger, J. (2018). *Jesus de Nazaret* (segunda ed.). Madrid: Encuentro.
- Ratzinger, J. (2018). *OBRAS COMPLETAS, Introducción al cristianismo*. Madrid: BAC.
- Sales, s. F. (2013). *Introducción a la vida devota*. Madrid: BAC.
- Sarah, R. (2017). *La fuerza del silencio* (tercera ed.). Madrid: Palabra.